

LUIZA IORDACHE CÂRSTEA

# CARTAS DESDE EL GULAG

Julián Fuster Ribó, un español  
en la Unión Soviética de Stalin

ALIANZA EDITORIAL

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Luiza Iordache Cârstea, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-881-6

Depósito Legal: M. 83-2020

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## ÍNDICE

PRÓLOGO, por Alicia Alted Vigil .....	13
AGRADECIMIENTOS .....	19
INTRODUCCIÓN .....	23
1. LOS CAMINOS DEL EXILIO .....	49
2. EN EL EXILIO SOVIÉTICO .....	63
3. LA BÚSQUEDA DE LA LIBERTAD .....	75
4. LA CAUSA ULTRASECRETA N.º 837 .....	93
5. LUBIANKA .....	117
6. ESPERANZA CONTRA TODA ESPERANZA .....	131
7. «LOS CUARENTA DÍAS DE KENGIR» .....	151
8. SALIDAS Y REGRESOS .....	171
9. LA URSS EN EL RECUERDO .....	193

ANEXOS.....	199
Carta sin sobre a Nikita Jruschov .....	201
Testimonio del «Paraíso Comunista». Yo ya estoy de vuelta .....	213
Nota sobre mi padre .....	231
SIGLAS Y ABREVIATURAS, TÉRMINOS RUSOS E INSTITUCIONES ..	237
BIBLIOGRAFÍA .....	241
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	253

*A mi madre*



El país del exilio no tiene árboles. / Es una inmensa soledad de arena. / Solo extensión vacía donde crece / la zarza ardiente de los sacrificios. / El país del exilio no tiene agua. / Es una sed sin límites, / sin esperanza de cercanas fuentes / o de un sorbo en el cuenco de una piedra. / El país del exilio no tiene aves / que encanten con su música al viajero. / Es desierto poblado por los buitres / que esperan el convite de la muerte. / Alza el viento sus torres deleznales. / Sus fantasmas de arena me persiguen / a través de la patria de la víbora / y de la zarza convertida en fuego.

Jorge Carrera Andrade, *VII, El país del exilio*

Corriendo felices o arrastrándonos desdichados por la larga y tortuosa calle de nuestra vida, pasamos junto a vallas, vallas y más vallas de madera podrida, tapias de arcilla, cercas de ladrillo, de hormigón, de hierro. No nos paramos a pensar qué podía haber detrás de ellas. No intentamos elevar la mirada ni el pensamiento por encima de las mismas, pese a que, precisamente allí, empezaba el país del GULAG, tan cerquita, a dos metros de nosotros. Y tampoco nos percatamos del sinfín de puertas y portezuelas, bien ajustadas y disimuladas, que había en aquellas vallas. Todas aquellas puertas estaban preparadas para nosotros, y he aquí que, de pronto, se abrió rápidamente una, la fatal, y cuatro blancas manos masculinas, que no sabían de trabajo físico, pero llenas de energía, nos agarraron por las piernas, por las manos, por el cuello, por la gorra, por las orejas..., nos arrastraron como un fardo y se cerró para siempre, detrás de nosotros, la puerta, la puerta de nuestra vida anterior.

Y nada más. Queda usted detenido.

Alexandr Soljenitsin, *Archipiélago Gulag*

Ante esta inmensa desgracia los montes se doblegan / y dejan de correr los grandes ríos, / pero más fuertes aún son los cerrojos de la cárcel, / que esconden los lechos de tablas / y la infinita tristeza. / Ya no sopla para ti la fresca brisa, / ni se enciende para ti el tierno ocaso.

Anna Ajmátova, *Dedicatoria* (1940)





## PRÓLOGO

Este libro de Luiza Iordache Cârstea es el resultado de largos años de investigación sobre unos hechos ocultos, pero no del todo desconocidos, que marcaron la vida de una parte de los republicanos españoles que se vieron obligados a un forzado exilio tras el final de la Guerra Civil de 1936-1939.

Cerca de medio millón de españoles traspasaron la frontera con Francia o huyeron hacia sus colonias en el norte de África en los primeros meses de 1939. Una pequeña parte recaló en la Unión Soviética: exiliados políticos que empezaron a llegar desde abril de 1939. Fueron algo más de un millar de personas con una clara adscripción política vinculada al Partido Comunista de España (PCE). Eran dirigentes, oficiales militares, cuadros medios y militantes de base a los que acompañaban sus familias. Fue un exilio pequeño desde el punto de vista numérico y muy selectivo. Iban al país que en los años treinta se consideraba el «paraíso» de la clase trabajadora y que había instaurado la «dictadura del proletariado». ¡Tremenda paradoja la que encierra la conjunción de esas dos palabras!

Cuando estos exiliados llegaron a la Unión Soviética, ya estaban allí otros españoles que habían arribado en 1937 y 1938. Eran casi 3.000 niños evacuados en expediciones oficiales organizadas por el Gobierno de la República española, acompañados de educadores y personal auxiliar. Junto a ellos, jóvenes pilotos de la última de las expediciones que habían partido hacia la Unión Soviética para seguir cursos de pilotos de aviones de caza, y tripulantes de los barcos españoles que se encontraban en ese país o navegando hacia él y que fueron incautados e incorporados a la marina mercante soviética. Estos colectivos de adultos presentaban una mayor diversidad ideológica dentro del espectro de la izquierda y fueron los que sufrieron de manera más directa la falta de libertad y el control ideológico a los que se les sometió desde su llegada a la Unión Soviética.

Una vez aquí, los que se acogieron a las directrices marcadas por los dirigentes del PCE, que a su vez obedecían las consignas emanadas del Partido Socialista de la Unión Soviética (PCUS) y del Gobierno presidido por la omnipresente figura de Stalin, sobrevivieron con mayor o menor fortuna. Los que cuestionaron comportamientos o actitudes de los dirigentes fueron considerados enemigos o traidores, por lo que se les prohibió la salida del país, a la vez que contribuían a alimentar la extraordinaria maquinaria represiva estatal de prisiones y campos de concentración o de «trabajo correctivo». Es lo que dio en denominarse Gulag (Dirección General de Campos y Colonias Correccionales), conocido en el mundo occidental tras la publicación, en 1973, del libro *Archipiélago Gulag* de Alexandr Soljenitsin. Algunos de los miembros de los colectivos de republicanos españoles acabaron en esos campos tras su paso por las cárceles soviéticas, donde fueron torturados. Es el caso del protagonista de este libro, Julián Fuster Ribó.

La autora del libro es una joven historiadora y politóloga, licenciada en Ciencias Políticas y de la Administración por la Universidad de Bucarest en 2003. En 2007 obtuvo el Diploma de Estudios Avanzados en Ciencia Política por la Universitat Autònoma de Barcelona con un trabajo que recibió el Premio a la Memoria de Doc-

torado del Instituto de Ciències Politiques i Socials. En 2008 el Instituto se lo publicó con el título: *Republicanos españoles en el Gulag (1939-1956)*. En esos momentos este trabajo resultó una investigación pionera en una línea en la que Luiza ha seguido profundizando y que la ha convertido hoy en día en una reconocida especialista en este tema. Tres años después defendía su tesis doctoral, editada en 2014 por RBA con el título *En el Gulag. Españoles republicanos en los campos de concentración de Stalin*.

Conocí a Luiza Iordache a través de un buen amigo común, el doctor Miguel Marco, investigador estudioso del colectivo de *Los médicos republicanos españoles en la Unión Soviética* (Barcelona, Flor del Viento ediciones, 2010). En un largo correo que me escribió Luiza en agosto de 2009, me trazaba su trayectoria investigadora sobre el tema, todavía breve pero muy intensa. Para entonces ya había consultado más de veinte archivos en España y diversos países europeos y había empezado a tomar contacto con familiares de algunos de esos españoles, entre ellos con los de Julián Fuster, pero también con los de otros republicanos que me interesaban de manera especial porque me había topado con ellos en mis investigaciones sobre el colectivo de los niños evacuados a la Unión Soviética durante la Guerra Civil. Nombres como los de Francisco Ramos Molins, Pedro Cepeda, José Tuñón o Juan Bote me resultaban muy conocidos.

En particular me interesaba Juan Bote, maestro que acompañó a una de las expediciones de niños y que desde el principio mantuvo una actitud crítica. Como me confirmaron algunos testimonios orales que recogí de estos niños, solía decirles: «Menos marxismo y más matemáticas». Esta actitud le condujo al campo de Karagandá, situado en una región esteparia de la República de Kazajstán. La figura de Juan Bote también ha sido objeto de estudio por parte de Luiza Iordache en su concienzudo trabajo: «Maestros de los “Niños de la Guerra” de España en la Unión Soviética. Juan Bote y la represión del Gulag» (*Migraciones y Exilios*, 14, 2014, pp. 105-123).

Mi conocimiento personal de Luiza se remonta a 2011, cuando formé parte del tribunal ante el que defendió su tesis doctoral. Me

di cuenta de que tenía ante mí a una excelente investigadora por su meticulosidad, rigor y precisión en el análisis y por su atinada perspicacia, su agudeza y su sagacidad en la interpretación. Cualidades todas que con el transcurso de los años ha ido afinando y de las que constituye un claro ejemplo el libro que el lector tiene entre sus manos.

El origen del libro data de 2007, cuando la autora fue a la casa familiar de Julián Fuster Ribó para entrevistar a su hijo, Rafael, quien además le abrió la puerta de acceso a los papeles personales de su padre. Como la misma Luiza indica en la Introducción: «Todavía no lo sabía, pero me encontraba ante uno de los archivos personales más ilustrativos sobre la experiencia del exilio en la URSS desde la perspectiva de la represión estalinista contra los españoles». Esta documentación la ha completado con la consulta de otros archivos, la recopilación de testimonios orales, memorias y autobiografías, a lo que suma un profundo conocimiento de la bibliografía sobre el particular.

El resultado es una obra rigurosa escrita con una profunda y destilada sensibilidad. Es una suerte de biografía colectiva en donde, a través del «espejo» de Julián Fuster, se dibujan los trazos vitales de otros compatriotas que también conocieron el infortunio de un exilio forzado que les llevó a las cárceles y campos soviéticos por haber disentido, cuestionado o deseado abandonar el país. Como ha precisado Luiza, entre 1940 y 1956 fueron encerrados en el Gulag unos 345 republicanos españoles. «De ellos, 193 eran “niños de la guerra”, 4 maestros y educadores, 9 exiliados políticos (entre los que se encontraba Julián Fuster), 40 pilotos, 64 marinos y 36 republicanos, trabajadores forzados del Tercer Reich, capturados en Berlín en 1945 por el Ejército Rojo».

Como Anexos al libro, la autora recoge la «carta sin sobre» que dirigió Julián Fuster a Nikita Jruschov sobre la masacre de presos en el campo de concentración de Kengir de la que fue testigo directo; y su *Testimonio del «Paraíso Comunista»*. *Yo ya estoy de vuelta*, que contiene una visión muy atinada de la situación de la clase obrera rusa y de las falacias que encerraba el régimen soviético.

En el año 1917 —escribe— la Revolución acabó con la aristocracia y la gran burguesía; en el año 1930 se erradicó la pequeña burguesía de la ciudad y del campo; en el año 1937 se coronó la extirpación de los disidentes del partido. ¿Quiénes eran pues los 10 millones de condenados a trabajos forzados que en los años 1948-1955 llenaban los campos de concentración de Siberia, Asia Central, Urales, Lejano Oriente, territorios subárticos? Gente del pueblo, otra no había en Rusia en esos años.

Libro, pues, imprescindible no solo en el ámbito de la historiografía sobre el exilio republicano español de 1939, sino también para comprender la idiosincrasia del pueblo ruso y la terrible historia de las víctimas de la represión estalinista que purgaron su disidencia en las cárceles y campos de ese siniestro sistema denominado con el acrónimo de Gulag.

Alicia Alted Vigil  
Catedrática de Historia Contemporánea, UNED  
Madrid, 5 de noviembre de 2019



## AGRADECIMIENTOS

Este libro hunde sus raíces en el año 2007, durante mi primera visita a la casa familiar de Julián Fuster Ribó, donde entrevisté a su hijo Rafael, que conservó y cuidó con especial dedicación los archivos personales de su padre. Investigar el exilio español en la Unión Soviética y la historia de vida del doctor Fuster, así como escribir este libro, no habría sido posible sin la ayuda y la colaboración de muchas personas e instituciones. Tengo una deuda muy especial con Rafael Fuster Ruiz y su esposa, Carmen, por su amabilidad, disponibilidad y afecto, por haberme acompañado en esta andadura y facilitado y autorizado el uso y la reproducción de todos los archivos de su padre. También estoy agradecida a Marta Escribà Jordana, que en 2013 reavivó mi ilusión por la escritura de este libro y que contribuyó de forma fehaciente con ideas, sugerencias y revisiones en etapas claves de su elaboración.

A este tributo de gratitud se suman Dolores Gómez Fuster y Toomas Lepp, nieta e hijo de Julián Fuster respectivamente, que con generosidad me han proporcionado sus testimonios y documentación gráfica. Estoy en deuda con otros familiares de exilia-

dos españoles en la Unión Soviética, amigos del exilio y compañeros de infortunio de Julián Fuster. Muchísimas gracias a Natasha Ramos Soler, hija de Francisco Ramos Molins, por su testimonio y documentación del archivo familiar, y a Ana Cepeda Étkina, hija del «niño de la guerra» Pedro Cepeda Sánchez, por toda la ayuda e información aportadas. Alicia Conde, nieta del que fue agregado obrero en la embajada de Argentina en Moscú, es otra persona clave de este proyecto por su testimonio y el valioso material enviado.

Aunque el libro contiene muestras de agradecimiento a todas estas personas, me es grato reiterar mi agradecimiento al doctor Miguel Marco Igual, amigo y compañero de investigación por «las Rusias», a Laura López Martín, amiga y excelente investigadora y rastreadora de documentos en The National Archives (Londres), a Enrique Gaspar y a su equipo de Nexos-Alianza, a Lourdes de la Fuente Rosales, subdirectora de Servicios al Público de la Biblioteca Nacional de Cuba, y a Vadim Saranov, editor jefe de la revista *Sovershenno Sekretno*, cuyas aportaciones fueron fundamentales para el enriquecimiento documental e histórico del libro.

El proceso de investigación en archivos fue muy gratificante gracias a la buena voluntad y generosidad del personal de los Archivos del Comité Internacional de la Cruz Roja, del entonces Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, del Archivo General de la Nación de México, del Archivo Histórico del Partido Comunista de España, del Arxiu Nacional de Catalunya, de la Biblioteca del Pabellón de la República y del Centre des Archives Diplomatiques de Nantes. A esta generosidad se añade la Fototeca del Comité Internacional de la Cruz Roja, el United States Holocaust Museum y el Ministry of Information and social development of the Republic of Kazakhstan, JSC «Kazkontent», Internet project Qazaqstan tarihy, por su autorización para reproducir fotografías.

Este proyecto se ha consolidado gracias también a los compañeros de investigación y docencia del Departamento de Historia Con-



temporánea de la UNED, especialmente a Alicia Alted Vigil<sup>1</sup>, mentora en mi etapa posdoctoral, y a Julio Gil Pecharromán, gran crítico y revisor de las versiones finales del trabajo, y al apoyo de Hipólito de la Torre Gómez, Ángel Herrerín López y Jorge de Hoyos Puente. Mi agradecimiento se hace extensivo a José María Faraldo Jarillo de la UCM y a Manuel Florentín López y a Juan Pro Ruiz, quienes hicieron posible que este libro viera la luz.

Finalmente, quisiera dar las gracias a mi madre y a mi familia, con cariño.

<sup>1</sup> Este libro queda enmarcado en el Proyecto de I+D+i *Ayuda humanitaria, conflictos bélicos y desplazamientos de población en Europa (1914-1951)* (HAR2017-87188-P, 01/01/2018-31/12/2020, IP: Dra. Alicia Alted Vigil, UNED).



## INTRODUCCIÓN

Corría el mes de febrero de 2007 y había ido a La Pobra de Montornès, en la provincia de Tarragona, para entrevistar al hijo de Julián Fuster Ribó, Rafael. La casa familiar, la misma en la que Julián pasó los últimos años de su vida, todavía albergaba cajitas que contenían los archivos personales de su padre. Sobre la mesa del comedor quedaron esparcidos documentos y fotografías. Todavía no lo sabía, pero me encontraba ante uno de los archivos personales más ilustrativos sobre la experiencia del exilio en la Unión Soviética desde la perspectiva de la represión estalinista contra los españoles. Hasta entonces no había hallado nada parecido: certificados laborales, recortes de prensa, correspondencia, entrevistas, dos manuscritos mecanografiados, uno sobre *La cirugía soviética. Notas de un cirujano español*, y otro titulado *Testimonio del «Paraíso Comunista». Yo ya estoy de vuelta*, una *Autobiografía de Julián Fuster* y una *Carta sin sobre a Nikita Jruschov*<sup>1</sup>.

Esta carta encerraba tal vez el contenido más valioso de su legado, un testimonio desgarrador sobre uno de los episodios más sangrientos ocurridos en los campos de trabajos forzados de Stalin, la rebelión de Kengir, en

<sup>1</sup> Esta carta se reproduce íntegramente en uno de los anexos que acompañan este libro, al igual que *Testimonio del «Paraíso Comunista». Yo ya estoy de vuelta*.

el campo especial de Steplag, en las remotas estepas de Kazajstán, donde Julián había estado recluido como preso político durante siete años. Se trata de la misma rebelión que el Premio Nobel de Literatura Alexandr Soljenitsin describe en el *Archipiélago Gulag* bajo el título «Los cuarenta días de Kengir», capítulo en el que, entre historias, vivencias, acontecimientos y personajes, nombra al «español Fuster». Uno de los pocos presos de esta nacionalidad que figura en la obra por antonomasia sobre el sistema carcelario y concentracionario soviético, junto al legendario Valentín González, *El Campesino*, dirigente comunista español exiliado y desencantado con la URSS, país del que escapó a través de la frontera con Irán, previa reclusión en un campo de concentración de la región de Vorkutá<sup>2</sup>.

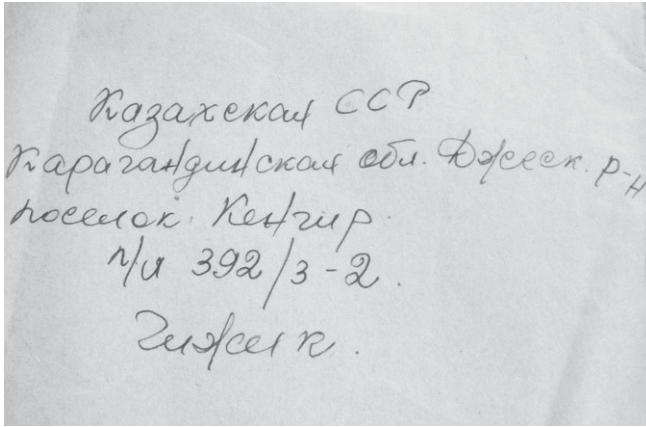
Aparte de esta carta con gran valor histórico, una protesta desgarradora contra los responsables del Gulag y de la masacre de Kengir y uno de los pocos testimonios existentes de un occidental de aquel acontecimiento, tal vez el único, sobre la misma mesa reposaba una carpeta verde que ocultaba un fajo con centenares de papeles amarillentos, atados con cordeles. Eran las cartas de amor que Julián había escrito desde el cautiverio, en el año 1954, a Nadezhda Gordovich, una antigua reclusa del campo y de la que se había enamorado. La primera carta conservada estaba fechada en diciembre de 1953, y la última, en noviembre de 1954. A veces Julián le escribía a diario, motivado por el amor y la costumbre: «ahora he empezado a escribirte, sin saber si algún día recibirás mi carta, pero tengo ganas de hacerlo, tal como lo hice cada día desde que te conocí»<sup>3</sup>.

Lo sorprendente es que las cartas no solo se conservaron, sino que llegaron al destinatario desde la dirección del remitente, un campo de concentración: República Socialista Soviética de Kazajstán, distrito de Karagandá, región de Dzhezkazgan, población Kengir, estafeta postal 392/3-2.

Y todo ello fue posible gracias a guardias, funcionarios o trabajadores libres del campo que se las ingeniaron para que las cartas traspasasen

<sup>2</sup> Alexandr Soljenitsin: *Archipiélago Gulag 1918-1956*, Barcelona, Plaza & Janés, Tomo II, 1974, pp. 129-137.

<sup>3</sup> Carta de Julián Fuster a Nadezhda Gordovich (Kengir, 9 de enero de 1954), APJFR.



Estafeta postal de Kengir.  
 Archivo privado. Gentileza de Rafael Fuster

las alambradas y la censura soviéticas. Según el tipo de campo y la época, a los presos se les permitía escribir y recibir alguna carta, pero eso se realizaba por canales oficiales, bajo el estricto escrutinio del censor. En general, esas cartas fueron narraciones testimoniales escuetas, con poca información sobre la vida diaria en un campo de trabajo forzado estalinista, debido al miedo del propio preso a la confiscación de sus escritos, a los castigos, a la pérdida del derecho a la correspondencia, al traslado a otros campos por haber violado las normas o a posibles represalias contra su familia. Ese rasgo de la correspondencia también quedó patente en las cartas enviadas por canales no oficiales, como fue el caso de una gran parte de los escritos de Fuster:

Cuando te escribo, no te olvides de que lo hago en secreto; no menciones mis cartas en las tuyas para que no nos descubran. [...]. También te escribiré por canales oficiales. Perdóname, pero entonces las cartas no serán tan explícitas; no puedo escribir lo que quiero cuando sé que lo leerán otras personas<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Carta de Julián Fuster a Nadezhda Gordovich (Kengir, 20 de abril de 1954), APJFR.